
ATARDECIÓ

Y AMANECIÓ: DÍA PRIMERO

Cuando muere Viktor Strandgård, en realidad no es la primera vez que sucede. Está tumbado de espaldas en la iglesia de la Fuente de Nuestra Fortaleza y mira hacia arriba a través de los enormes ventanales que hay en el techo. Es como si no hubiera nada entre él y el oscuro cielo de invierno.

«No se puede estar más cerca —piensa—. Cuando lo llevan a uno hasta la iglesia que hay en una montaña en el fin del mundo, el cielo está tan cerca que casi puedes tocarlo alargando la mano.»

La aurora boreal se retuerce como un dragón a través de la noche. Las estrellas y los planetas tienen que rendirse al gran milagro de luz resplandeciente que, sin prisa, se abre paso por la bóveda celeste.

Viktor Strandgård sigue el camino con la mirada.

«Me pregunto si la aurora boreal puede cantar —piensa—. Como una ballena solitaria canta bajo el mar.»

Y, como si su pensamiento la hubiera alcanzado, la aurora boreal se para un segundo. Interrumpe su interminable viaje. Observa a Viktor Strandgård con sus ojos fríos de invierno. Porque, allí tumbado, es bello como un

icono. La oscura sangre parece una aureola alrededor de su pelo largo, rubio, de santa Lucía nórdica. Ya no se siente las piernas. Está adormilado. No siente dolor.

Curiosamente, allí tumbado piensa en su primera muerte y mira dentro del ojo del dragón. Aquella vez iba en bicicleta. Era entre invierno y primavera. Bajaba la larga cuesta hacia la intersección de Adolf Hedin y Hjalmar Lundbohm. Contento y lleno de fe, con la guitarra a la espalda. Recuerda que la rueda de la bicicleta resbaló sobre el hielo cuando, desesperado, intentó frenar. Que vio venir por la derecha a la mujer del Fiat Uno de color rojo. Que se miraron el uno al otro. Los dos entendieron qué iba a pasar, y entonces ocurrió. Fue como un tobogán de hielo hacia la muerte.

Con esa imagen en la retina muere Viktor Strandgård por segunda vez en su vida. Los pasos se acercan, pero él no los oye. Sus ojos no necesitan ver de nuevo el cuchillo brillante. Como un caparazón, su cuerpo sigue tumbado sobre el suelo de la iglesia; lo acuchillan una y otra vez. Y el dragón recupera, impassible, su camino a través de la bóveda celeste.

LUNES, 17 DE FEBRERO

Rebecka Martinsson se despertó con la respiración alterada cuando la inquietud le recorrió el cuerpo. Abrió los ojos en la oscuridad. Justo en el espacio entre el sueño y la realidad, tuvo la fuerte sensación de que había alguien en su piso. Se quedó quieta, tumbada, escuchando, pero lo único que podía oír era el sonido de su propio corazón, que le latía en el pecho como una liebre asustada. Buscó el despertador de la mesilla de noche y encontró el pequeño botón que lo iluminaba. Las cuatro menos cuarto. Se había acostado hacía cuatro horas y era la segunda vez que se despertaba.

«Es el trabajo —pensó—. Trabajo demasiado. Por eso, de noche, la cabeza me gira como la chirriante rueda de un hámster.»

Le dolían la cabeza y la nuca. Seguro que había estado apretando las mandíbulas mientras dormía. Lo mejor era levantarse. Se echó el edredón por encima y fue hasta la cocina. Los pies encontraron el camino sin encender la luz. Puso la cafetera y la radio en marcha. La conocida sintonía que marcaba el final de la programación se repetía una y otra vez, como una monótona

llamada a la oración mientras salía el café y ella se duchaba.

El largo pelo se le tendría que secar solo. Se tomó el café a la vez que se vestía. El fin de semana había planchado la ropa y la había colgado en el armario. Hoy era lunes. En la percha del lunes colgaba una blusa color hueso y un traje de chaqueta azul marino de Marella. Olió los calcetines del día anterior. Servían. A la altura de los tobillos estaban un poco dados de sí, pero si los estiraba y los doblaba, no se vería. No podría quitarse los zapatos en todo el día pero le daba lo mismo. Una cuida la ropa interior y los calcetines si tiene motivos para creer que alguien la va a ver desnudarse. Actualmente, su ropa interior había sido lavada demasiadas veces y tenía un color grisáceo.

Una hora más tarde, estaba sentada en la oficina, ante el ordenador. El texto fluía como un torrente desde su cabeza hasta los dedos, que volaban sobre el teclado. El trabajo calmaba su mente. El malestar de la mañana había desaparecido.

«Es curioso —pensó—. No paro de quejarme con mis compañeros, los otros abogados jóvenes, de que el trabajo me hace sentir desgraciada. Pero siento paz cuando trabajo. Casi alegría. Es cuando no trabajo cuando me sobreviene la intranquilidad.»

La luz de la calle se introducía penosamente a través de los cuadrados cristales de la ventana. Se podía oír algún que otro vehículo, pero dentro de poco zumbaría el sordo rugido del tráfico. Rebecka se echó hacia atrás en su silla y le dio a la tecla de imprimir. En el pasillo oscuro la impresora despertó y se hizo cargo de la prime-

ra orden del día. La puerta de la recepción se volvió a abrir. Ella suspiró y miró el reloj. Las seis menos diez. Se acabó la soledad.

No se podía oír quién había llegado. Las blandas alfombras del pasillo amortiguaban los pasos, pero al cabo de un momento se abrió la puerta de su despacho.

—¿Molesto?

Era Maria Taube. Había abierto la puerta con la cadera a la vez que hacía equilibrios con una taza de café en cada mano. Llevaba el escrito de Rebecka bajo el brazo derecho.

Las dos mujeres trabajaban como abogadas recién licenciadas en derecho fiscal en la firma de abogados Meijer & Ditzinger. Las oficinas estaban en la última planta de un bonito edificio de finales del siglo XIX, en la calle Birger Jarl. A lo largo del pasillo había alfombras persas bastante antiguas y sofás y sillones de piel vieja y agradable. Todo transpiraba experiencia, influencia, dinero y competencia. Era una oficina que satisfacía a los clientes con una perfecta mezcla de seguridad y atención.

—Cuando nos muramos estaremos tan cansadas que desearíamos que no haya otra vida después de ésta —dijo Maria poniendo una taza de café sobre la mesa de Rebecka—. Claro que no me refiero a ti, Maggie Thatcher. ¿A qué hora has llegado? Si es que te fuiste a casa, claro.

Las dos estuvieron trabajando en la oficina el domingo por la tarde. Maria fue la primera en irse a casa.

—Acabo de llegar —mintió Rebecka, cogiendo el trabajo impreso que le ofrecía Maria.

Maria se hundió en el sillón de las visitas, se sacó de una patada sus carísimos zapatos de piel, recogió las piernas en el asiento y se sentó sobre sus pies.

—¡Vaya tiempo! —exclamó.

Rebecka miró sorprendida a través de la ventana. Una lluvia fría caía sobre los ventanales. No lo había notado antes. No recordaba si llovía cuando fue al trabajo. El hecho era que no recordaba ni si había ido andando o había cogido el metro. Su mirada se quedó fija, como hipnotizada, sobre el agua que tamborileaba y caía a lo largo de los cristales.

«Invierno de Estocolmo —pensó—. No es raro que una casi pierda el sentido cuando está al aire libre. En mi tierra es diferente. Con el constante anochecer azul del invierno y el crujir de la nieve. O el principio de la primavera, cuando vas esquiendo por el río desde la casa de la abuela en Kurravaara hasta la cabaña en Jie-kajärvi, haces un alto en el camino y te sientas en el primer pedazo de tierra que aparece entre la nieve, debajo de un pino. La corteza del árbol brilla como el cobre rojo al sol. La nieve suspira de cansancio cuando se deshace por el calor. Y en la mochila, café, naranjas y un bocadillo de pan de hogaza.»

La voz de Maria la envolvió. Su mente quería obviar la interrupción y dejarse llevar, pero se esforzó y se encontró con las interrogantes cejas de su compañera.

—¡Eh! Te he preguntado si querías oír las noticias.

—Claro que sí.

Rebecka se inclinó hacia atrás en la silla y alargó el brazo para conectar la radio que estaba en el alféizar.

«Dios mío, está más delgada que un silbido», pensó Maria observando la caja torácica de su compañera, que sobresalía de la americana; las costillas se le marcaban como las tablas de la quilla de un barco.

Rebecka subió el volumen de la radio y las dos mujeres se quedaron con sus tazas en la mano, agachando la cabeza como si estuvieran rezando.

Maria parpadeó. Tenía los ojos cansados. Hoy debía acabar el recurso del caso Stenman para el tribunal provincial. Måns la mataría si le pedía más tiempo. Sintió que le ardía el estómago. «Se acabó el café hasta después de comer. Aquí está una sentada como una princesa en una torre, días y noches, tardes y fiestas, en este encantador despacho con sus jodidas tradiciones, que podrían irse a tomar por saco lo mismo que los socios del bufete que te atraviesan la blusa con la mirada, mientras la vida simplemente transcurre allí fuera. No sé si es para echarse a llorar o para hacer una revolución. Después, lo único para lo que sirves es para irte a casa a ver la tele y quedarte como un tronco delante de la pantalla.»

«Son las seis y sintonizáis El Eco Matinal. Un conocido dirigente religioso, de unos treinta años de edad, ha sido encontrado asesinado esta mañana en la iglesia de la Fuente de Nuestra Fortaleza de Kiruna. La policía todavía no ha querido comentar el asesinato, pero a lo largo de la mañana ha notificado que nadie ha sido detenido como sospechoso y que tampoco ha sido localizada el arma homicida... Según un nuevo estudio, cada vez más municipios dejan de lado sus obligaciones derivadas de la ley de dependencia...»

Rebecka giró la silla con tanto ímpetu que se dio con la mano en el alféizar de la ventana. Apagó la radio de golpe, salpicándose de café la rodilla.

—¡Viktor! —exclamó—. No puede ser otro.

Maria la miraba sorprendida.

—¿Viktor Strandgård? ¿El Chico del Paraíso? ¿Lo conocías?

Rebecka apartó la vista de Maria y se quedó mirando fijamente la mancha de café de la falda. Tenía la cara pálida e inexpresiva y los delgados labios muy apretados.

—Claro que había oído hablar de él. Pero hace años que no voy a Kiruna. Ya no conozco a nadie de allí.

Maria se levantó del sillón y fue hacia Rebecka para quitarle la taza de café de entre sus rígidas manos.

—Si dices que no lo conocías, por mí vale, bonita, pero te vas a desmayar dentro de treinta segundos. Estás completamente pálida. Échate hacia adelante y pon la cabeza entre las rodillas.

Rebecka obedeció como un escolar mientras Maria iba al baño a buscar papel para intentar limpiar la mancha de café del traje de chaqueta de Rebecka. Cuando volvió, ésta se había reclinado en la silla donde estaba sentada.

—¿Estás bien? —preguntó Maria.

—Sí —respondió Rebecka ausente. Sin fuerzas, miraba a Maria mientras ésta le limpiaba la falda con papel húmedo—. Lo conocía —dijo después.

—Mmm, no hace falta un detector de mentiras —dijo Maria sin apartar la vista de la mancha—. ¿Estás triste?

—¿Triste? No sé. No, quizá tengo miedo.

—¿Miedo?

Maria dejó de frotarle la falda.

—¿Miedo de qué?

—No sé. De que alguien vaya a...

Rebecka no llegó a terminar la frase porque el teléfono empezó a emitir su estridente sonido. Dio un respingo y se lo quedó mirando, sin levantar el auricular. Tras la tercera señal, Maria respondió. Puso la mano tapando el receptor para que la persona al otro lado de la línea no la oyera susurrar:

—Es para ti y tiene que ser desde Kiruna, la que te llama tiene voz de dibujos animados.

Cuando el teléfono sonó en casa de la inspectora jefa Anna-Maria Mella, ella estaba despierta. La luna de invierno llenaba la habitación con su intensa y blanca luz. Los abedules de la montaña, al otro lado de la ventana, formaban en la pared imágenes azules con sus retorcidos cuerpos. Tan pronto como el teléfono empezó a sonar, levantó el auricular.

—Soy Sven-Erik. ¿Ya estás despierta?

—Sí, pero estoy en la cama. ¿Qué pasa?

Oyó que Robert suspiraba y lo miró. ¿Se habría despertado? No, la respiración volvió a ser regular y profunda. Bien.

—Posible asesinato en la iglesia de la Fuente de Nuestra Fortaleza —dijo Sven-Erik.

—¿Y? Yo trabajo de administrativa desde el viernes, ¿lo has olvidado?

—Ya lo sé —dijo Sven-Erik con voz afligida—, pero joder, Anna-Maria, esto es algo especial. Podrías venir y mirar, simplemente. Los de la científica habrán acabado dentro de poco, así que podremos entrar. El que está allí dentro es Viktor Strandgård y aquello parece un auténtico matadero. Me imagino que tenemos una hora antes de que las putas televisiones lleguen con sus cámaras y toda la parafernalia.

—Estaré allí dentro de veinte minutos.

«Joder —pensó—. Me llama para pedirme ayuda. Ha cambiado.»

Sven-Erik no contestó, pero Anna-Maria oyó un contenido suspiro de alivio antes de acabar la conversación.

Se dio la vuelta hacia Robert y dejó descansar los ojos sobre su dormido rostro. La mejilla reposaba sobre el dorso de la mano y sus labios, rojo arándano, se habían entreabierto. Estaba irresistiblemente sexy y le habían empezado a salir canas en el enmarañado bigote y en las sienes. Él se inquietaba delante del espejo del baño estudiando el avance de las entradas en la frente.

—El desierto se va extendiendo —solía decir.

Le dio un beso en la boca. El vientre se interponía, pero llegó. Dos veces.

—Te quiero —le aseguró él, todavía dormido. Su mano la buscó debajo del edredón para atraerla hacia sí, pero ella ya se había sentado en el borde de la cama. Inmediatamente le entraron ganas de orinar. Como siempre. Aquella noche ya se había levantado dos veces para ir al baño.

Un cuarto de hora más tarde, Anna-Maria salía de su Ford Escort en el aparcamiento de la iglesia de la Fuente de Nuestra Fortaleza. Todavía hacía un frío del demonio. El aire pellizcaba y mordía las mejillas. Si respiraba por la boca le dolían la garganta y los pulmones. Si respiraba por la nariz se le helaban los delgados pelillos de las fosas nasales. Se tapó la boca con la bufanda y miró el reloj. Como máximo media hora, después el coche no arrancaría. Era un gran aparcamiento, con capa-

cidad para cuatrocientos coches, como mínimo. Su Escort, rojo pálido, parecía pequeño y miserable al lado del Volvo 740 de Sven-Erik Stålnacke. Había un coche patrulla al lado del Volvo. Por lo demás, sólo había unos diez coches en el aparcamiento, completamente cubiertos por la nieve. Los de la científica debían de haberse ido. Se puso a subir la estrecha cuesta de Sandstensberget hacia la iglesia. La escarcha parecía haberse helado en los abedules, y arriba del todo se levantaba la imponente Iglesia de Cristal hacia el oscuro cielo de la noche, rodeada de estrellas y planetas. Era como un enorme cubo de hielo reluciendo por la luz de la aurora boreal.

«Vaya presuntuosa construcción de mierda —pensó mientras se esforzaba en subir la cuesta—. Sería mejor que esta rica congregación enviara un poco de dinero a los de Aldeas Infantiles. Pero seguro que es más divertido cantar los salmos en una iglesia moderna que cavar pozos en África.»

A lo lejos vio a su compañero, Sven-Erik Stålnacke, el policía Tommy Rantakyrö y el inspector Fred Olsson, delante de la entrada de la iglesia. Sven-Erik, con la cabeza descubierta, como siempre, estaba completamente quieto y un poco echado hacia atrás, con las manos bien metidas en los calientes bolsillos de su anorak. Los dos hombres más jóvenes se movían a su lado intranquilos, como cachorros inquietos. No les podía oír pero, por el vaho que salía de sus bocas como blancas burbujas, parecía que Rantakyrö y Olsson conversaban entusiasmados. Los cachorros la saludaron con ladridos alegres en cuanto la vieron.

—Hola —aulló Tommy Rantakyrö—. ¿Qué tal por ahí?

—Por aquí bien —respondió de buen humor.

—Primero saludamos a la barriga y un cuarto de hora más tarde llegas tú —añadió Fred Olsson.

Anna-Maria se echó a reír.

Se encontró con la seria mirada de Sven-Erik. En su gran bigote de morsa se habían formado pequeños carambanos de hielo.

—Gracias por venir —dijo—. Espero que hayas desayunado, porque esto no es muy apetitoso que digamos. ¿Entramos?

—¿Queréis que os esperemos?

Fred Olsson pisoteaba la nieve una y otra vez. Su mirada iba constantemente de Sven-Erik a Anna-Maria. Sven-Erik iba a sustituir a Anna-Maria, de manera que formalmente ahora él era el jefe, pero cuando Anna-Maria estaba presente no se sabía bien quién mandaba.

Anna-Maria se quedó con la boca cerrada y fijó la mirada en Sven-Erik. Ella estaba allí sólo en calidad de acompañante.

—Iría bien que os quedaseis —respondió Sven-Erik—, para que no entre nadie antes de que retiren el cuerpo. Pero podéis entrar si tenéis frío.

—No, joder, nos quedaremos fuera. Sólo quería saberlo —aseguró Fred Olsson.

—Claro —sonrió Tommy Rantakyro con los labios azules—. Somos hombres y los hombres no tienen frío.

Sven-Erik entró justo detrás de Anna-Maria, cerrando el pesado portón de la iglesia. Pasaron por el guardarropa que estaba a media luz. Las largas filas de perchas vacías sonaban como una campana átona, tocada por el movimiento que se producía cuando el frío se encontraba con el calor de dentro del edificio. Dos puertas giratorias daban a la nave de la iglesia. Inconscientemente, Sven-Erik bajó la voz cuando entraron.

—Fue la hermana de Viktor Strandgård la que llamó a jefatura a eso de las tres. Lo encontró muerto y llamó desde el teléfono que hay en la oficina de la congregación.

—¿Dónde está? ¿En comisaría?

—No. No tenemos ni idea. Dije en jefatura que la buscaran. En la iglesia no había nadie cuando Tommy y Fred llegaron aquí.

—¿Qué dijeron los de la científica?

—Mirar pero no tocar.

El cuerpo estaba en medio del pasillo que iba al altar. Anna-Maria se quedó parada un momento antes de llegar allí.

—¡Me cago en la puta...! —le salió de dentro.

—Ya te lo he dicho —respondió Sven-Erik, que estaba justo detrás de ella.

Anna-Maria sacó una pequeña grabadora del bolsillo interior de su anorak. Dudó un momento. Tenía la costumbre de hablar en lugar de tomar apuntes. Pero no era su trabajo. Quizá debería estar callada y simplemente hacerle compañía a Sven-Erik. «Venga ya y deja de complicar las cosas», se ordenó a sí misma poniendo en marcha la grabadora sin mirar a su compañero.

—Son las cinco y treinta y cinco —dijo en el micrófono—. Es el dieciséis de febrero, no, el diecisiete. Estoy en la iglesia de la Fuente de Nuestra Fortaleza, mirando a alguien que, por lo que yo sé hasta el momento, es Viktor Strandgård, solían llamarlo el Chico del Paraíso. El muerto está tumbado en el pasillo central de la iglesia. Parece haber sido destripado a fondo, porque huele a demonios y la alfombra que hay debajo del cuerpo está mojada. Probablemente la mancha es de sangre, pero es un poco difícil saberlo porque

está sobre una alfombra roja. La ropa también está ensangrentada y no se puede ver mucho de la herida del vientre, aunque parece que una pequeña parte del intestino está a punto de salirse, pero que lo explique el médico después. Lleva vaqueros y un jersey. Los zapatos están secos por la parte inferior y la alfombra no está mojada debajo de los zapatos. Le han sacado los ojos...

Anna-Maria se interrumpió y apagó la grabadora. Caminó alrededor del cuerpo y se inclinó sobre la cara. Estuvo a punto de decir que era un cadáver bello, pero había límites para lo que podía decir en voz alta delante de Sven-Erik. La cara del muerto la hizo pensar en el rey Edipo. Había visto una representación en vídeo cuando iba al instituto. Le había afectado especialmente la escena en que él se sacaba los ojos, y ahora aquella imagen se le aparecía con una fuerza especial. Volvió a tener ganas de orinar. Y no podía olvidarse del coche. Lo mejor sería darse prisa. Puso en marcha la grabadora.

—Le han sacado los ojos y tiene el pelo ensangrentado. Debe de tener una herida en la cabeza. Herida de corte en la parte derecha del cuello, pero ahí no hay sangre, y le faltan las manos...

Anna-Maria se volvió con gesto interrogante hacia Sven-Erik, que señalaba entre dos hileras de sillas. Ella se agachó trabajosamente y miró a lo largo del suelo entre las sillas.

—Vaya, una mano está a tres metros entre las sillas. Pero ¿y la otra?

Sven-Erik se encogió de hombros.

—No hay sillas volcadas —continuó—. No hay señales de lucha, ¿qué dices tú, Sven-Erik?

—No —respondió, aunque no le gustaba que grabaran su voz.

—¿Quién ha venido de la científica?

—Simon Larsson.

«Bien —pensó—. Tendrán buenas imágenes.»

—Por lo demás, la iglesia está en orden —continuó—. Es la primera vez que estoy aquí dentro. Cientos de bombillas esmeriladas en las partes de las paredes que no son de cristal. ¿Qué altura debe de haber hasta el techo? Seguro que más de diez metros. Enormes claraboyas. Las sillas azules están perfectamente alineadas. ¿Cuánta gente debe de haber aquí? ¿Dos mil?

—Además del coro —respondió Sven-Erik.

Éste iba por la nave, paseando la mirada por las superficies como si pasara un aspirador.

Anna-Maria se volvió y observó el coro que se levantaba detrás de ella. Los cañones del órgano se alzaban hacia las alturas, encontrando su reflejo en las claraboyas. Era una vista impresionante.

—No hay mucho más que decir. —Anna-Maria tardó en seguir, como si un pensamiento quisiera salir de su conciencia a través de algún hueco entre las sílabas de sus palabras—. Hay algo... algo que hace que me sienta frustrada cuando veo esto. Además de que sea el cadáver más maltratado que he visto...

—¡Eh! El fiscal jefe en funciones está subiendo la cuesta —dijo Tommy Rantakyrö asomando la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Y quién cojones lo ha llamado? —preguntó Sven-Erik con resquemor, pero Tommy ya había desaparecido.

Anna-Maria lo miró. Hacía cuatro años, cuando la hicieron jefa del grupo, Sven-Erik apenas habló con ella

durante seis meses. Se había sentido profundamente ofendido cuando le dieron a ella el puesto que él había solicitado. Y ahora que se sentía a gusto siendo su mano derecha, no quería dar el paso definitivo. Se recordó a sí misma que debería animarlo en otra ocasión, pero ahora tenía que arreglárselas él solo. En el mismo momento en que el fiscal jefe en funciones, Carl von Post, atravesaba las puertas de la iglesia como una tormenta, ella le echó una mirada de ánimo a Sven-Erik.

—¿Qué cojones significa todo esto? —gritó Von Post.

Se quitó bruscamente la gorra de piel, y la mano, por una antigua costumbre, se le fue hacia la melena de león. Caminaba con enérgicas zancadas. El corto paseo desde el aparcamiento había sido suficiente para que los pies se le helaran dentro de sus bonitos zapatos de Church's. Dio unos pasos hacia Anna-Maria y Sven-Erik, pero retrocedió cuando vio el cuerpo sobre el suelo.

—Joder —gritó mirándose intranquilo los zapatos, para comprobar si se los había manchado—. ¿Por qué no me ha llamado nadie? —continuó dirigiéndose hacia Sven-Erik—. A partir de este momento tomo el mando de la investigación preliminar y puede contar con una seria conversación con el comisario de lo criminal sobre por qué me ha mantenido al margen.

—Nadie lo ha mantenido al margen. No sabíamos qué había pasado y en realidad todavía no sabemos nada —intentó responder Sven-Erik.

—¡Tonterías! —cortó el fiscal—. Y usted, ¿qué hace aquí?

Lo último iba dirigido a Anna-Maria, que tenía la mirada fija en los brazos mutilados de Viktor Strandgård.

—Fui yo quien la llamó —aclaró Sven-Erik.

—Vaya —dijo Von Post entre dientes—. Así que la llamaste a ella pero a mí no.

Sven-Erik se quedó callado y Carl von Post miró a Anna-Maria, que levantó la vista y tranquilamente hizo frente a su mirada.

Carl von Post apretó los dientes hasta que le dolieron las mandíbulas. Siempre había tenido dificultades con aquella policía enana. Parecía tener a sus compañeros del departamento de investigación cogidos por las pelotas y él no se explicaba por qué. Y el aspecto que tenía. Como mucho, un metro cincuenta descalza, con una jodida cara de caballo que le cubría aproximadamente la mitad del cuerpo. Y encima ahora estaba como para que la llevaran al circo con aquella enorme barriga. Parecía un cubo ridículo, tan ancha como alta. El resultado inevitable de generaciones de endogamia en las pequeñas poblaciones de las aisladas tierras laponas.

Sacudió la mano como para obviar sus duras palabras y empezó con otro tema.

—¿Cómo está, Anna-Maria? —preguntó con una sonrisa dulce y considerada.

—Bien —contestó ella, inexpresiva—. ¿Y usted?

—Cuento con tener a la prensa tras los talones dentro de una hora, más o menos. Va a ser una bomba, así que explíqueme lo que saben hasta el momento, tanto del asesinato como del muerto. En principio, yo sólo sé que era un religioso famoso.

Carl von Post se sentó en una de las sillas azules y empezó a quitarse los guantes.

—Sven-Erik puede explicarle —respondió Anna-Maria, escueta pero no desagradable—. Yo hago trabajo de oficina de momento. Acompañé a Sven-Erik porque me lo pidió y porque cuatro ojos ven más que dos...,

bueno, ya sabe. Y ahora tengo que ir a mear. Si me disculpan.

Notó satisfecha la forzada sonrisa en la cara de Von Post cuando se dirigía hacia el servicio. Era curioso que la palabra «mear» lo ofendiera. Se apostaba algo a que su mujer dirigía la meada hacia la porcelana para que el ruido del chorrillo no pudiera llegar hasta las sonrosadas orejas del pobre fiscal. Mierda de tío.

—Bueno —dijo Sven-Erik cuando desapareció Anna-Maria—, puede verlo usted mismo, porque mucho más no sabemos. Alguien lo ha matado. Y bien matado, se podría decir. El asesinado es Viktor Strandgård, o el Chico del Paraíso, como lo llamaban. Era la atracción principal de esta gran congregación. Hace nueve años sufrió un tremendo accidente. Murió en el hospital. Se le paró el corazón y todo eso, pero lo reanimaron y entonces explicó lo que le había ocurrido durante la operación y la reanimación. Cosas como que el médico había perdido las gafas y otras por el estilo. Dijo que había estado en el cielo. Que había visto ángeles y a Jesús. Bueno, y después una de las enfermeras que estaba en la operación y la mujer que lo había atropellado, se redimieron, y de pronto toda Kiruna se convirtió en un encuentro parecido a los de la Iglesia Maranata. Las tres iglesias libres más importantes se unieron en una nueva iglesia, la Fuente de Nuestra Fortaleza. La congregación creció y en los últimos años han construido esta iglesia, han puesto en marcha una escuela, una guardería y han tenido grandes encuentros de renovación religiosa. Les entra el dinero a raudales y viene gente de todo el mundo. Viktor Strandgård trabaja, bueno, trabajaba, quiero decir, a jornada completa en la congregación y había publicado un *best seller*...

—*El Cielo, ida y vuelta.*

—Exacto. Es su becerro de oro. Han escrito sobre él tanto en el *Expressen* como en el *Aftonbladet*, así que seguro que ahora volverán a escribir. Y la tele.

—Exacto —asintió Von Post levantándose con expresión impaciente—. No quiero que salga nada a la prensa. Me hago cargo de los contactos con ellos y quiero que regularmente me informe de lo que surja en los interrogatorios. ¿Entiende? Se me debe informar de todo. Cuando los periodistas empiecen a llamar, les puede decir que daré una conferencia de prensa en la escalera de la iglesia hoy, a las doce del mediodía. ¿Qué es lo próximo en su agenda?

—Tenemos que buscar a la hermana, ella fue la que lo encontró, y después deberemos hablar con los tres pastores. El forense viene en coche desde Luleå, así que debe de estar al llegar.

—Bien. Quiero un informe del motivo de la muerte, y un posible desarrollo de los acontecimientos a las once y media. A esa hora debe estar disponible para contestar al teléfono. Eso es todo. Si ustedes han acabado, voy a dar una vuelta por aquí.